

Una tarde calurosa

El sol pega fuerte en la estación. Apenas se abren las puertas del tren, descienden pasajeros con prisa por retornar a sus hogares o iniciar unos días de descanso.

- ¡Me llevaron la maleta!

Ramón grita desaforadamente mientras corre por el andén, esquivando toda suerte de obstáculos y personas con maletas que, instintivamente, se apartan a su paso, e intenta fijarse y localizar la suya.

- ¡Me llevaron la maleta!

Ahora recuerda aquella calurosa tarde en la que discutía con Sara sobre qué maleta elegir, entre un nutrido surtido de colores y formas, en la tienda del barrio que Juan, su comercial, tan amable y paciente les mostraba.

- ¡Me llevaron la maleta!

Entre jadeos sigue observando, pero las oscuras le parecen todas iguales. Sara, siempre tan práctica, quería un color más llamativo, que fuese fácil y rápido de distinguir a distancia, sobre todo si viajas en transportes concurridos como el de hoy. No consigue localizarla y piensa en que tendrá que darle la razón y asumir con resignación que su maleta no aparecerá. Le parecía más discreto el color oscuro, más serio y formal y, por eso, eligió la azul. En su tortuosa carrera observa colores y estampados imposibles que le espantan. Desde luego que, con esos, es más difícil perder de vista tu maleta.

El teléfono suena insistente en su bolsillo, pero ahora no puede atenderlo. Qué momento más inoportuno para llamar. Rememora el contenido de la maleta, asumiendo ya su pérdida. Son cosas sustituibles, ya, pero se lamenta especialmente por un cinturón comprado en un viaje a un exótico país, al que tiene un especial aprecio porque sabe que allí no volverá.

- ¡Me llevaron la maleta!

Grita insistentemente, llevándose una mano al costado izquierdo. Recibe algunas miradas de reojo, sin entender, pues esa expresión no es de aquí.

Se detiene, ya sin aliento y rendido a la evidencia. El teléfono suena de nuevo y decide atender la llamada. Vaya, es Sara.

- Ramón, por Dios, que te has ido como alma que lleva el diablo, ¿dónde estás?.
- ¡Me llevaron la maleta!
- Pero ¿qué dices? Tu maleta esta aquí, con la mía. Anda, quédate ahí que ya voy a tu encuentro.

No puede ser, piensa Ramón, miró bien en el compartimento. Mientras recobra el aliento, distingue a lo lejos a Sara. Con su alegre caminar viene arrastrando en cada mano una maleta de igual tamaño y color, azul turquesa brillante, como ella quería aquella tarde en la tienda. Ramón suspira, qué calor hace esta tarde.